

R e s e ñ a s

Una historia para quitarse el sombrero

Adam Hochschild. Enterrad las cadenas. Península, Barcelona, 2006, 429 p.

Preámbulo

Los dueños de las plantaciones pensaban, en general, que, según el dicho, era más barato adquirir que alimentar. Un plantador de Antigua que compró algunos esclavos a John Newton, le dijo que su método consistía en gastarlos a base de poco descanso, comida monótona y aprovechamiento duro antes de que dejaran de ser útiles e inhábiles para realizar algún servicio, y comprar luego otros para ocupar su puesto

Adam Hochschild

El historiador Adam Hochschild ha tomado el riesgo de escribir sobre uno de los hechos más dolorosos, lamentables, gravosos y vergonzantes de la modernidad: la trata de por lo menos veinticinco millones de hombres y mujeres africanos por las metrópolis occidentales.¹ Específicamente es un libro que versa sobre el movimiento abolicionista: sus protagonistas y vicisitudes, y especialmente sobre las leyes por las cuales Gran Bretaña se convierte en la primera potencia marítima que prohíbe la trata de los hombres negros en sus territorios ultramarinos, en manos de las grandes compañías navieras cuyo único fin era la captura, traslado y venta de esclavos en

1 Sobre el tema sigue siendo uno de los estudios demográficos más confiables el de Philip Curtin, *The Atlantic slave trade. A census* (University of Wisconsin Press, Madison, 1966).

América y el Caribe. Aquí es importante preguntarse, primero, por qué tanta dureza, desidia y crueldad sobre los hombres y mujeres africanas; y, segundo, por qué en Gran Bretaña algunos de sus hombres más inteligentes, según Hochschild, toman la batuta en defensa de la población africana esclava.

Sobre la primera pregunta algo conocemos y algo se ha dicho. Básicamente hay cuatro argumentos por los cuales los hombres y mujeres africanos son esclavizados en América; para resumir: a) un argumento bíblico: los africanos, según ha interpretado la malicia y el *gusto* europeo, son descendientes del hijo que Noé —el primer borracho de que tenemos noticia— maldice por verle desnudo en medio de una resaca; b) un argumento histórico: a raíz del mal llamado *descubrimiento* de América y a la debacle de los grupos indígenas por la guerra, el pillaje y la violencia europea, el continente quedó prácticamente desolado; c) un argumento económico: el descubrimiento de grandes yacimientos de minerales en el continente americano y el cultivo de caña de azúcar en el Caribe hace necesario el traslado de mano de obra desde África, y d) un argumento ideológico: el negro en la cultura judeocristiana europea representa el mal, pues es tan sencillo como decir que el diablo es negro y, de paso, africano. Este es apenas el telón de fondo del libro de Adam Hochschild, pues no es una obra sobre la esclavitud sino sobre los hechos que llevaron a su abolición y los hombres que la hicieron posible. El autor cita a Margaret Mead, “No debemos dudar nunca de que un pequeño grupo de ciudadanos reflexivos y comprometidos puede cambiar el mundo. De hecho, es lo único que ha conseguido cambiarlo”, y seguidamente comenta: “El presente libro trata de un grupo así” (Hochschild, 2006: 17). La segunda pregunta aludida es la que se explora en el libro, para que el lector saque sus propias conclusiones.

El comienzo

*Durante los más de tres siglos y medio que duró la trata,
según algunos cálculos, se realizaron treinta y cinco mil
viajes con esclavos que transportaron cautivos hacia
cualquier destino entre Québec y Chile*

Adam Hochschild

¿Por qué dar la libertad a unos hombres que sostenían la economía de una nación poderosa y rica como lo era la Gran Bretaña de finales del siglo XVIII? Dar la libertad a los africanos, en términos prácticos, se traducía sencillamente en que los propios británicos debían sembrar caña, uno de los trabajos más duros y desgastantes que podrían realizarse en la época. Esta es una de las preguntas básicas del libro de Hochschild, misma en la que no dejaban de pensar los abolicionistas y los protagonistas de uno de los movimientos más importantes de la modernidad, según dará a entender el autor. No había razón que justificara dejar una empresa tan lucrativa como era la de capturar, intercambiar, vender y explotar a los africanos en América. *Enterrad las cadenas* nos dice algo más: el movimiento abolicionista se convertirá en el modelo que inspirará

las futuras protestas del mundo contemporáneo; por ejemplo, Josiah Wedgwood —el abuelo materno de Charles Darwin—, uno de los hombres más acaudalados del Imperio, y el ceramista que confeccionaba las vajillas de la nobleza del país, diseñaría un botón de promoción de la causa para llevar en los atuendos de la época, como se llevan hoy día insignias contra las corridas de toros o el consumo de carnes.

Por otro lado, el historiador rastrea al detalle cómo la idea de la abolición va tomando fuerza, pese a que los partidarios de la esclavitud no solo eran hombres brillantes, ultragodos y testarudos, sino que además hacían parte del Parlamento, es decir, tenían todo el poder y las influencias para defender sus intereses. Aquí aparece un dato fundamental que no puede pasarse por alto para comprender las reacciones más airadas contra la abolición: muchos de estos enemigos de la libertad negra eran dueños de cientos de esclavos, invertían en la industria naviera y habían logrado amasar grandes fortunas gracias a la trata y a las plantaciones que tenían de caña de azúcar en el Caribe —el matadero más grande que conocemos de africanos fuera de su continente— y en tierra firme. Antes de entrar al grueso de su exposición, nos recuerda el autor:

La biblioteca del colegio All Souls de Oxford, de aspecto catedrático, fue financiada con los beneficios obtenidos por una plantación esclavista de Barbados. El dinero con que se pagó la elegante casa de la calle Wimpole donde Elizabeth Barret, una importante figura de la vida bohemia de la época, que en realidad parece que se trataba de una prostituta, sería cortejada por Robert Browning, un importante e influyente hombre en el Parlamento, procedía de las haciendas de esclavos propiedad de la familia. William Beckford, dueño de una inmensa fortuna obtenida del azúcar jamaicano producido por esclavos, ofreció los banquetes más suntuosos celebrados desde los tiempos de Enrique VIII y contrató a Mozart para que impartiera a su hijo lecciones de piano (25).

La lista de aquellos que se beneficiaron de la trata es inmensa, razón de más para no abolir la esclavitud, dados sus favores al Imperio. Así que, ¿cuáles serían o deberían ser las estrategias para acabar con ella? Ahí van las respuestas.

Doce hombres en una imprenta

*¡Oh gracia portentosa (¡qué dulce es tu sonido!)
Que salvó a un desdichado como yo!
Una vez me perdí, pero ahora he sido hallado;
Yo fui ciego una vez, pero ahora veo.²*

John Newton

Todo comenzó, nos dice el autor, la tarde del 22 de mayo de 1787, cuando 12 hombres resueltos tomaron asiento en la imprenta del número 2 de George Yard (13). ¿Quiénes eran estos hombres? ¿Qué los convocaba? ¿Por qué trataban de acabar

2 Se trata de un himno compuesto por John Newton y cantado por Jessye Norman ante 7.000 personas para celebrar los setenta años de Nelson Mandela, entonces preso.

con una de las empresas que más contribuían al sostenimiento del Imperio? Se trata de una cuadrilla de hombres, escribe Hochschild, de aire adusto, la mayoría de los cuales *no* se quitó su negro sombrero de copa. Aquí tenemos un pequeño detalle que le servirá al autor como estrategia narrativa hasta el final de la obra para mantener en vilo al desprevenido lector: no se trata de hombres comunes y corrientes en tierras anglicanas, pues muchos de ellos hacían parte de una minoría religiosa que había conocido como pocos el rechazo y la intolerancia. En efecto, una parte de estos hombres no se quitaron el sombrero, una norma de cortesía común y corriente entre los ingleses ya que simple y llanamente solo se debe reverencia a Dios: se trataba de cuáqueros. El autor dice de ellos: “Los cuáqueros propietarios de esclavos no se limitaron a darles la libertad; algunos fueron todavía más lejos y dieron un paso no dado por nadie ni antes ni después: pagar una compensación a los esclavos” (85-86). Este es un dato clave, digamos, en el trillado mundo de los textos que tratan sobre la esclavitud y la violencia ejercida contra los negros; es toda una perla que alguien llame la atención en torno a la participación de una minoría religiosa en la empresa abolicionista. Además, estos “[...] activistas ingleses trabajaron a lo largo de cincuenta años para acabar con la esclavitud en el Imperio Británico. Ninguno ganó un penique con aquella actividad, y su éxito final supuso una enorme pérdida para la economía del imperial” (15). En el transcurso de la lectura no se logra comprender quiénes eran más testarudos: si los defensores de la causa antiesclavista o aquellos que se beneficiaban directamente de la trata y el comercio negrero. Con todo, el Imperio crecía a expensas de la venta de hombres en América.

Deben nombrarse los protagonistas de *Enterrad las cadenas*: John Newton, capitán de un barco negrero, y quien llevó una vida de excesos y licencias hasta que un buen día, en medio de las tormentas, se convirtió a la causa antiesclavista y escribió el famoso himno *Amazing grace*; Olaudah Equiano, un esclavo lleno de recursos que compró su libertad y escribió su historia como esclavo, obra que resultaría vital para la causa; Granville Sharp, músico, panfletista y excéntrico, que salvó a varios negros de Inglaterra de ser devueltos a la servidumbre en las Antillas (por lo demás, toda la familia Sharp participaría activamente en el movimiento abolicionista, por ejemplo William, médico del rey, y quien dedicó todas las mañanas a tratar gratis a los pobres); James Stephen, un dandi que huyó a las Indias Occidentales para escapar de una vida amorosa inextricablemente enmarañada, y que experimentaría un cambio sin igual en su temperamento al ver cómo un tribunal de Barbados sentenciaba a varios esclavos a un castigo que consideró inimaginable); Thomas Clarkson, figura central de esta historia de los pioneros abolicionistas, y quien era el más joven de los que se reunieron en George Yard (de él nos dice Hochschild que “es posible que al pasar por la puerta agachara un poco la cabeza, pues era quince centímetros más alto que la media de los ingleses de su tiempo” [13]); Joseph Woods, cuáquero, próspero comerciante en telas de algodón; Alexander Falconbridge, quien había realizado cuatro viajes negreros y sería una fuente vital de información para denun-

ciar los abusos que cometían los tratantes; William Wilberfoce, quien durante casi cuarenta años fue la voz principal del movimiento antiesclavista en el parlamento británico; finalmente, una viuda cuáquera de la que no se tienen más datos. Estos son, grosso modo, los pioneros de la abolición, las personas que habrían de inspirar un movimiento que llevó a cientos de miles de esclavos a la libertad en el mundo. A esta causa se sumarían otros en el tiempo.

Las estrategias de los abolicionistas

Opinamos, evidentemente —escribía Granville Sharp a un amigo a finales de 1787— que la naturaleza de la trata de esclavos solo necesita ser conocida para ser detestada

Adam Hochschild

¿Cuáles fueron las estrategias a que apelaron los abolicionistas? Hochschild, con justa razón, nos recuerda desde esa coyuntura la manera de protestar cambiaría radicalmente; por ejemplo, aquel grupo imprimía periódicamente de quinientos a mil ejemplares de las actas donde se anotaban los pormenores de cada reunión, documentos que se etiquetaban como *Cartas a nuestros amigos del país para informales sobre el estado de los asuntos*. Luego la comisión se ponía de acuerdo sobre el texto, firmado por Granville Sharp, que debía entregarse en mano a todos los donantes residentes en la conurbación de Londres para solicitarles aportaciones cuantiosas; toda una “campaña de buzoneo para recaudar fondos” (136). Se emplearon además carteles con una lámina donde se había dibujado un barco negrero con sus respectivas medidas en pies y pulgadas: “El diagrama comenzó a aparecer en periódicos, revistas, libros y folletos. Al constatar la fuerza de aquella nueva arma, la comisión abolicionista imprimió también sin tardanza más de siete mil ejemplares a modo de carteles, que fueron colgados por todo el país en las paredes de casas y *pubs*” (163). Ante la necesidad de medidas más drásticas y estrategias más contundentes fue necesario un recurso importante, por lo vital y mordaz, contra la economía del Imperio: el boicot sobre todo aquello que olier a esclavo; consistía ello en no tomar el te con azúcar, no comprar lo que fuera manufactura de esclavo alguno:

Desde la casa de Josiah Wedgwood, en los Midlands, hasta las tierras altas de Escocia, cientos de miles de personas habían dejado de consumir azúcar. El boicot al azúcar estalló como respuesta al rechazo de ley para la abolición de la esclavitud por el Parlamento en 1791 y fue activado por varios folletos —de uno de los cuales se vendieron, según cálculos, más de setenta mil ejemplares en cuatro meses—. El boicot supuso para algunos un sacrificio personal; quienes padecían una glotonería incurable optaron por consumir azúcar importada de la India. Como en muchos otros casos, los cuáqueros marcharon a la vanguardia [...]. La renuncia sistemática a todos los productos cultivados por esclavos habría requerido que los británicos dejaran de consumir tabaco, café y ropa de algodón (tejido en gran parte en la ciudad de Manchester, incondicionalmente antiesclavista). No

obstante, el boicot al azúcar era potencialmente un arma muy poderosa, pues el consumo de este producto en el país era muy elevado (199-202).³

Pero hay más estrategias. Para mostrar cómo la trata no solo destruía y corroía a los africanos sino también a la propia sociedad inglesa al catapultar a sus jóvenes a la desgracia, los abolicionistas divulgaron asuntos más o menos clandestinos; por ejemplo, cómo los ingleses alistaban y embaucaban a sus coterráneos más inexpertos para ir al África: ¿que tal levantarse después de una noche de juerga en medio de un barco rumbo a las costas de Ghana o Angola? Justamente eso sucedió a muchos jóvenes en puertos como Bristol, Manchester o Liverpool de la época, y cito en extenso:

Si los navíos esclavistas tenían semejante fama de brutalidad y la tasa de fallecimientos [de los marinos] era tan alta, ¿por qué los marinos de Bristol seguían navegando en ellos? Clarkson planteó la cuestión a un hombre apellidado Thompson, dueño de un *pub*, el *Seven Stard*, cercano al muelle de la ciudad. Thompson se ofreció a mostrarle exactamente cómo reclutaban los oficiales a su tripulación. A lo largo de casi tres semanas, los dos hombres salían todas las noches a una hora tardía al puerto y visitaban varios *pubs* de la calle Marsh. Los marineros jóvenes ajenos al puerto y que no estaban al tanto de la naturaleza de la trata de esclavos eran presas seguras. Les solían decir que había salarios altos y mujeres en abundancia. Si aquellas perspectivas no les atraían, los doblegaban haciéndoles beber hasta que se emborracharan [...]. En aquellas casas se daba también alojamiento a marinos a quienes, cuando los barcos esclavistas estaban a punto de partir, pero no antes, se inducía a gastar más dinero que el que podían pagar. El dueño del *pub* les exigía el cobro y solo se les daba una alternativa: el barco negrero o el calabozo (122).

Otra estrategia de los abolicionistas fue la de llevar al Parlamento los instrumentos de captura y tortura utilizados por los tratantes; allí se destacan las esposas, el cepo, empulgueras, argollas, grilletes y un instrumento para mantener abiertas las bocas de los esclavos a fin de alimentarlos por la fuerza (cabe recordar aquí la terrible noria).⁴ Wilberforce mostró en una sección del Parlamento la maqueta del *Brookes*, y de manera gráfica dejaba ver cómo eran transportados los esclavos durante la travesía por el Atlántico. Podemos imaginar las discusiones entre unos y otros en el Parlamento.

-
- 3 A propósito de esta cita tengo la impresión de que se sugiere una de las razones —no exploradas en el libro de Hochschild— por las cuales los ingleses dejaron el negocio de la trata: la India como proveedora de materia prima, mano de obra barata sin los altos costos sociales y económicos de la trata.
 - 4 La noria es hoy día un aparejo de feria y circo, pero en la época fue un instrumento de castigo que, por su tamaño, era imposible de transportar hasta el Parlamento; con todo, los abolicionistas llevaron dibujos donde se podía ver la manera como se castigaba al esclavo. Para que el lector se haga una idea del terrible instrumento deberá imaginar un enorme cilindro dentado; a los esclavos se le colgaba desde una viga de manera que sus pies apenas sí tocaban la noria, que daba vueltas hasta agotarlos totalmente, al extremo de la agonía. El capataz, como si fuera poco, blandía su látigo sobre los indefensos seres. Pocos esclavos salían vivos del terrible castigo.

Otros pasajes de la obra de Hochschild se sirven para que el lector tenga la oportunidad de explorar a su amañó las vicisitudes que llevaron a la declaración final por la cual los esclavos del Imperio Británico quedaron en pleno derecho de ejercer su libertad. Sin embargo, un acontecimiento, entre muchos otros, fue especialmente contundente e inspirador para que los británicos cambiaran de parecer sobre la esclavitud y sus beneficios: la guerra de guerrillas de los esclavos en Haití, nada más y nada menos que la principal colonia de Francia en las Antillas. El protagonista de tal hazaña fue Toussaint L'Ouverture, un esclavo, y quien ha sido el único en derrotar los ejércitos británicos y franceses. Este acontecimiento mostró el hecho elemental de que los negros preferirían la muerte antes que ser esclavos: “Me parece, escribe un representante del gobierno francés, que Toussaint y sus generales han decidido reducir a cenizas la colonia y sepultarse ellos mismos bajo las ruinas antes que rendirse” (298) ¿Qué iba a hacer Gran Bretaña? Como la ambición no tiene límites, las fuerzas británicas se hicieron a la mar rumbo a las colonias francesas del Caribe,⁵ pero “los oficiales británicos comenzaban a constatar que, aun siendo capaces de conquistar Saint Domingue, su victoria sería inútil, pues los negros de la colonia estaban decididos a no volver a ser esclavos” (279). ¿Qué aprendieron los británicos de las revueltas en el Caribe? Esto se lo recordó la mejor inteligencia entre los abolicionistas: James Stephen, el dandi que hemos mencionado páginas arriba, y quien escribió en 1802 *The Crisis of the Sugar Colonies*, donde “se sirvió de la revolución de Saint Domingue como argumento contra la esclavitud. Recordando el costoso desastre militar británico, predijo correctamente el mismo resultado para los ejércitos de Napoleón” (309).

El final de cincuenta años antiesclavistas

En Clapham, Wilberforce preguntó a su primo Henry Thornton: “Bueno, Henry, ¿qué aboliremos ahora?”. Thornton, un campanudo evangélico, respondió: “Creo que la lotería”

Adam Hochschild

La reconstrucción histórica de la apasionante obra de Adam Hochschild termina a comienzos de 1807, cuando las dos cámaras del Parlamento aprobaron un proyecto de ley que abolía por completo la trata de esclavos: “Clarkson pasó el día escribiendo cartas de jubilosas a amigos de todo el país. Los abolicionistas apenas podían dar fe a lo que veían cuando unas semanas después, el 25 de marzo, mientras en el reloj sonaban las 12 del mediodía, el rey Jorge III dio aprobación oficial y el proyecto se convirtió en ley. La trata llegaba ahora oficialmente a su punto final” (315). Con

5 Los ingleses vieron la oportunidad de derrotar a los franceses en el mar y, de paso, tener el dominio de todo el Caribe.

todo, los esclavos del imperio británico debieron esperar treinta y un años para ser auténticamente libres. Pero dicha postergación se compensa con los ecos de la causa, de acuerdo con lo que en la última parte del libro se nos dice:

El empresario ceramista Josiah Wedgwood, a quien le faltaba una pierna, tuvo un nieto que volvió el mundo al revés: Charles Darwin. William Smith, que fue durante muchos años el principal aliado de Wilberforce en el Parlamento, fue abuelo de Barbara Bodichon, fundadora de una publicación feminista, pionera del primer colegio universitario de Cambridge para mujeres y de la primera Comisión para el Voto Femenino. Samuel Blackwell fue un dirigente antiesclavista de Bristol; su hija Elizabeth llegó a ser la primera médica de Europa y Estados Unidos. Robert Goulden apoyó activamente el movimiento en los años de la emancipación, su hija Emmeline Pankhurst fue encarcelada en repetidas ocasiones con motivo de sus luchas por el sufragio femenino. James Stephen tuvo una bisnieta que dejó su huella en el siglo xx: Virginia Woolf (362).

Para terminar la saga del movimiento antiesclavista, Hochschild nos hace partícipes de un acontecimiento memorable: “En el duelo de Clarkson, para la fecha el único y más importante antiesclavista vivo, estuvieron presentes muchos cuáqueros, tanto en la comitiva fúnebre como en la atestada iglesia donde se celebró el oficio, y los hombres de la secta renunciaron, en un gesto casi sin precedentes, a una larga y sagrada costumbre. Se quitaron los sombreros” (363).

Enterrad las cadenas termina con algunos comentarios en torno a los hechos acaecidos después de la emancipación en 1838 que dejan una especie de sinsabor en aquel lector que espera que toda historia concluya con un acostumbrado *¡y todos fueron felices!*; pero no es así, de acuerdo con las precisiones del autor: “Al llegar la emancipación había más de 1,5 millones de esclavos trabajando en minas y plantaciones de Brasil, unos 400.000 en Cuba y más de 2 millones en los Estados Unidos [...] Como si fuera poco los dueños de esclavos en Inglaterra recibieron 20 millones de libras esterlinas de compensación y sus acreedores, que además —y esto es más importante— siguieron siendo dueños de las fincas” (365-366). Debemos agregar que, como sucedió en toda América Latina, la esclavitud sería sustituida por una dura legislación laboral que garantizó la existencia de una mano de obra dócil y barata; incluso, la emancipación empeoró las condiciones de vida de los libertos y sus descendientes, arrojó a miles de antiguos esclavos ya ancianos a las calles y produjo mendicidad por montones; Hochschild: “El final de la esclavitud no significó el fin de la injusticia” (368).